

se fué al vasto Olimpo. La Aurora de azafranado velo se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, guiaban los corceles hacia la ciudad, y les seguían los mulos con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vió llegar antes que Casandra, semejante á la dorada Venus; pues, subiendo á Pérgamo, distinguió el carro y en él á su padre y al heraldo, pregonero de la ciudad, y vió detrás á Héctor, tendido en un lecho que los mulos conducían. En seguida prorrumpió en sollozos y fué clamando por toda la población:

704 « Venid á ver á Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que volviese vivo del combate; pues era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo. »

707 Tal dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó dentro de los muros. Todos sintieron intolerable dolor y fueron á encontrar cerca de las puertas al que les traía el cadáver. La esposa querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de hermosas ruedas y tomando en sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas todo el día, hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiese dicho desde el carro:

716 « Hacedos á un lado y dejad que pase con los mulos; y una vez lo haya conducido al palacio, os saciaréis de llanto. »

718 Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del magnífico palacio, pusieron el cadáver en un torneado lecho é hicieron sentar á su alrededor cantores que entonarían el treno: éstos cantaban con voz lastimera, y las mujeres respondían con gemidos. Y en medio de ellas Andrómaca, la de niveos brazos, que sostenía con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dió comienzo á las lamentaciones, exclamando:

725 « ¡Esposo mío! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. El hijo que nosotros



¡infelices ! hemos engendrado, es todavía infante y no creo que llegue á la juventud; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que eras su defensor, el que la salvaba, el que protegía á las venerables matronas y á los tiernos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y á mí con ellas. Y tú, hijo mío, ó me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios viles, trabajando en provecho de un amo cruel; ó algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre, ¡ muerte horrenda !, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre ó el hijo; pues muchos aqueos mordieron la vasta tierra á manos de Héctor. No era blando tu padre en la funesta batalla, y por esto le lloran todos en la ciudad. ¡ Oh Héctor ! Has causado á tus padres llanto y dolor indecibles, pero á mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera pudiste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables advertencias que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos. »

746 Esto dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécuba empezó á su vez el funeral lamento :

748 « ¡ Héctor, el hijo más amado de mi corazón ! No puede dudarse de que en vida fueras caro á los dioses, pues no se olvidaron de ti en el fatal trance de la muerte. Aquiles, el de los pies ligeros, á los demás hijos míos que logró coger, vendiólos al otro lado del mar estéril, en Samos, Imbros ó Lemnos, de escarpada costa; á ti, después de arrancarte el alma con el bronce de larga punta, te arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su compañero Patroclo, á quien mataste, mas no por esto resucitó á su amigo. Y ahora yaces en el palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del argénteo arco, mata con sus suaves flechas. »

760 Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fué la tercera en dar principio al funeral lamento :



<sup>762</sup> « ¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, me trajo á Troya, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra ofensiva ó grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas ó de las esposas de aquéllos, ó la suegra — pues el suegro fué siempre cariñoso como un padre, — contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el corazón afligido lloro á la vez por tí y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta Troya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan. »

<sup>776</sup> Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el anciano Príamo dijo al pueblo:

<sup>778</sup> « Ahora, troyanos, traed leña á la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los argivos; pues Aquiles, al despedirme en las negras naves, me prometió no causarnos daño hasta que llegue la duodécima aurora. »

<sup>782</sup> De este modo les habló. Pronto la gente del pueblo, unciendo á los carros bueyes y mulos, se reunió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearón abundante leña; y cuando por décima vez apuntó la Aurora, que trae la luz á los mortales, sacaron, con los ojos preñados de lágrimas, el cadáver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira, y lo entregaron á las llamas.

<sup>788</sup> Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, congregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos se hubieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira á que el fuego había alcanzado, y seguidamente, los hermanos y los amigos, gimiendo y corriéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, que cubrieron con muchas y grandes piedras, amontonaron la tierra y erigieron el túmulo. Habían puesto



centinelas por todos lados, para no ser sorprendidos si los aqueos, de hermosas grebas, los atacaban. Levantado el tumulto, volviéronse; y, reunidos después en el palacio del rey Príamo, alumno de Júpiter, celebraron un espléndido banquete fúnebre.

<sup>804</sup> Así hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.

---

*Habiendo recibido el Dr. Segalá la siguiente carta de su antiguo maestro, el insigne polígrafo Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y conteniéndose en ella el juicio que tan eminente crítico ha formado de la versión castellana de la «Iliada», honramos las páginas de este Anuario publicando autógrafa el importante documento.*



Madrid, 4 de Mayo de 1907.

Sr. D. Luis Segala y Es-  
fallella.

Mi distinguido ami-  
go y comp.<sup>o</sup>: He recibido con  
profundo agradecimiento y  
gran satisfacción el hermoso  
ejemplar en papel japonés de  
la "Iliada de Homero", tradu-  
cida por Vd., con q<sup>e</sup> se  
ha servido obsequiarme.  
Figurará en primera línea  
en mi biblioteca, no ya por  
su esplendidez tipográfica, sino  
por ser hasta ahora el  
más digno tributo q<sup>e</sup> la



ciencia de nuestros helenis-  
tas ha pagado a la primera  
epopeya del mundo.

Creo, y he sostenido siem-  
pre contra la opinión vul-  
gar, q<sup>e</sup> la traducción  
de Hermosilla tiene cosas  
muy apreciables y q<sup>e</sup> en  
general es fiel y exacta.  
Su autor hizo todo lo  
q<sup>e</sup> pudo x q<sup>e</sup> hacer quien  
no había nacido poeta,  
pero había trabajado toda  
su vida sobre el texto de  
Homero, y sentía a su modo  
la poesía homérica con las  
limitaciones propias de la cri-  
tica de su tiempo. Pero es  
claro q<sup>e</sup> su obra quedó a



gran distancia de la  
perfección, comparada con  
la de Voss y con la mis-  
ma italiana de Monti,  
aunque este último fuese puro  
felicitista.

Además, las traducciones  
en verso, que en mi concepto  
deben seguir haciéndose,  
como las hacen los alemanes,  
los ingleses y los italianos,  
acercándose cada vez más  
al ritmo original, lo cual  
no es imposible en nuestra  
lengua, no excluyen sino  
que al contrario reclaman  
impulsivamente la compe-  
tencia ó por mejor decir  
el concurso de las tra-



dicciones en prosa, en las cuales cabe siempre un grado mayor de literalidad, y q- pueden dar más completa idea del original a los q- no pueden leerlo en su lengua.

De este género de traducciones, q- no son prosaica transcripción sino interpretación respetuosa, certera y fiel del pensamiento poético, es notable modelo a mi juicio la q- vd. nos ~~ha~~ ha dado de la Iliada, traducción q- puede leerse con el



original. delante <sup>?</sup> facilitar su inteligencia sin recurrir al diccionario, lo cual de pocas traducciones puede decirse. Y no sólo hay en ella fidelidad a la letra sino profunda comprensión de la poesía épica, y del nativo candor y sabio artificio q. andan mezclados en el estilo de Homero y muy singularmente le caracterizan, haciéndole a un tiempo dichado de la poesía espontánea de la poesía reflexiva: fenómenos únicos




en todas las literaturas.

Además, la dicción castellana es pura y correcta, no tiene ese sabor bárbaramente gótico que afecta tanto a los escritores de nuestros días.

Coronari y S. dignándose  
la obra traducida en  
la misma forma la  
Odisea, y á ello le con-  
sidero muy afectuosamente quien  
tiene la honra de ofrecer,  
<sup>como p.</sup>  
amigo y servidor q. b. l. m.

M. Menéndez Pelayo









HOMENAJE

AL EXCMO. SEÑOR DOCTOR

D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

4



THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY







## Fiesta académica



CONSTITUYENDO un importante número de las fiestas del cincuenteno de los Juegos Florales, celebróse en el Paraninfo de la Universidad, á las seis de la tarde del día 9 de mayo de 1908, una solemne sesión dedicada á honrar la memoria del sabio maestro, eximio escritor y eminente crítico, Dr. D. Manuel Milá y Fontanals.

Ocupó la presidencia el Rector, Sr. Barón de Bonet, quien tenfa á su derecha al Gobernador civil D. Angel Ossorio y Gallardo, al Presidente de la Audiencia D. Buenaventura Muñoz, al Alcalde accidental D. Alberto Bastardas y á los Decanos de Medicina y Filosofía, doctores Batllés y Daurella; y á su izquierda á D. Marcelino Menéndez Pelayo, al Canónigo Dr. Ros, en representación del Cardenal-obispo Dr. Casañas, al Diputado provincial Sr. Pelfort, al Decano de Ciencias Dr. Mascareñas y al Canónigo Dr. Portolés, delegado del Cabildo Catedral.

En los demás sillones del estrado se sentaron los catedráticos de todas las Facultades y del Instituto, los profesos-



res de las Escuelas especiales y profesionales, varios concejales, individuos de la Comisión organizadora de las fiestas de los Juegos Florales, el insigne vate valenciano D. Teodoro Llorente, y representantes de las Reales Academias de Ciencias y Artes, de Medicina y de Buenas Letras, provincial de Bellas Artes, de otras sociedades artísticas, literarias y científicas, y de importantes entidades de esta capital y del distrito universitario.

También ocupaban en el estrado asientos de preferencia varias señoras y caballeros, que pertenecen á la familia de Raymond, los más próximos parientes del Dr. Milá y Fontanals.

Llenaba el vasto y grandioso local extraordinaria y selecta concurrencia, de la que formaban parte distinguidas damas, conocidas personalidades y muchos escolares.

Al entrar en el salón D. Marcelino Menéndez Pelayo, á quien acompañaba el Sr. Rector, resonaron grandes aplausos, que no cesaron hasta que quedó constituida la mesa presidencial.

Abierta la sesión, el Sr. Barón de Bonet pronunció un breve discurso, manifestando que á la iniciativa del Claustro de la Facultad de Filosofía y Letras, al cual había pertenecido el Dr. Milá y Fontanals, se debía el justo homenaje que en aquel momento se le tributaba; iniciativa que había sido acogida por todas las Facultades con aplauso y verdadero júbilo.

Dió cuenta de los tres acuerdos tomados por el Claustro de Filosofía: que se esculpiera un busto, que figurase en el Paraninfo, para que presidiera todos los actos que en él se celebrasen; que un catedrático de la Facultad de Letras pronunciara un discurso, y que el ilustre polígrafo Dr. Menéndez Pelayo leyese un estudio de aquella gran figura literaria.

En elocuentes párrafos ensalzó la memoria de Milá y Fontanals. Dijo que si nunca debemos olvidar á los que nos



dieron fructíferas enseñanzas, el sabio que festejamos, por las excepcionales circunstancias que en él concurrieron, por haber sido maestro de maestros, merecía un recuerdo más grande: perpetuar su memoria en la propia casa en que propagó tan fecundas y sanas doctrinas; y por ello se había resuelto colocar su busto en el Paraninfo, habiendo cooperado con verdadero entusiasmo á rendir este tributo el profesorado todo, á pesar de los frecuentes sacrificios que tiene que realizar, y habiéndose encargado al laureado artista Sr. Fuxá la imagen escultórica del gran maestro.

El busto en mármol de Milá, de exacto parecido y de pulcra ejecución, estaba situado junto á la mesa presidencial, en el ángulo de la derecha, sobre un elegante pedestal de melis y cubierto con un paño morado.

Terminó el Rector diciendo que, en cumplimiento de los acuerdos tomados por el Claustro en febrero de 1907, á él solamente correspondía descubrir el busto de uno de los hombres que mayores timbres de gloria conquistó para la Universidad de Barcelona, y pasó en seguida á descubrirlo, poniéndose de pie toda la concurrencia y prorrumpiendo en estrepitosos aplausos.

El Dr. Bonet, dijo entonces: « Ved, contemplad, señores, en este busto la figura más sólida, más venerada y más simpática de Cataluña y una de las más culminantes de España. No olvidéis que lo es también de Europa entera. »

Acallados los unánimes aplausos que coronaron las últimas palabras del Sr. Barón de Bonet, subió á la tribuna el decano de la Facultad de Filosofía, Dr. Daurella y Rull, y pronunció un discurso de tonos vibrantes.

Comenzó expresando modestamente que la circunstancia de ocupar el decanato le obligaba á cumplir un deber superior á sus fuerzas, pero que lo había aceptado gustoso por tratarse de rendir un tributo de gratitud al gran maestro y de honrar la memoria del egregio D. Manuel Milá y Fontanals, del sabio catedrático de esta Universidad.



Por este motivo, dijo, grande es mi satisfacción al poder unir mi modesta voz al concierto de alabanzas que vienen dedicándose estos días á tan esclarecido catalán.

Añadió que la Facultad de Letras no podía menos de ofrendar la memoria del insigne maestro, porque si es una gloria de Cataluña, de España, de Europa, ante todo y sobre todo, nos pertenece, porque preferentemente será siempre una de las mayores glorias de nuestra Universidad, á la que amó como se ama á la madre, pues la Universidad es la madre intelectual de las generaciones pasadas, de las presentes y de las que en el porvenir vengán á perpetuar el carácter y mentalidad, dígame lo que se quiera, de nuestra bendita tierra.

Hizo historia de la vida de Milá como catedrático, indicando que en esta Universidad cursó sus estudios, y en ella difundió, durante cuarenta años, el inagotable caudal de su saber, y hoy vive entre nosotros por sus estupendas obras, asombro del mundo intelectual, habiendo pronunciado dos oraciones inaugurales, una de las cuales se reputa como uno de los más preciados frutos de su ingenio.

A nadie ha de extrañar, pues, que el Claustro de Letras acordase dedicar á tan insigne profesor un homenaje digno de su gloria en el año próximo, cuando se cumplieran los 25 de su fallecimiento; pero habiéndose resuelto con posterioridad celebrar en su honor generales homenajes, la Facultad modificó su acuerdo, en el sentido de anticipar la fiesta, para asociarse á las otras que con motivo del 50 aniversario de los Juegos Florales se han organizado este año.

Manifestó que el Dr. Rubió y Lluch, encargado de redactar un trabajo para esta solemnidad, no había podido realizarlo por su delicado estado de salud; pero que, á última hora, no resignándose al silencio y queriendo contribuir al homenaje á su preclaro maestro, escribió un breve discurso, que entregó al orador, rogándole que lo leyera, y en el que cristalizaba el entusiasmo y veneración que sentía por profesor tan doctísimo.



Dedicó un elocuente párrafo al discípulo predilecto de Milá, al sabio Menéndez y Pelayo, y terminó con un brillante período que le inspiró la obra de Fuxá, á quien elogia como se merece, diciendo que delante de su efigie precisa descubrirse y pronunciar aquellas palabras del Dante, que Menéndez y Pelayo aplicó á Milá y Fontanals en su *Historia de las ideas estéticas en España* :

*Tu ducca, tu signore e tu maestro.*

Nutridos aplausos demostraron el agrado con que el público oyó la hermosa oración del Dr. Daurella, y acto continuo leyó el siguiente notable discurso del catedrático doctor D. Antonio Rubió y Lluch:

EXCELENTÍSIMOS SEÑORES :

SEÑORAS Y SEÑORES :

Pocas veces he experimentado una contrariedad más penosa que la de hoy, al no permitirme un accidental percance en mi salud, contribuir al solemne homenaje que la Universidad de Barcelona dedica á D. Manuel Milá y Fontanals; á aquel sabio tan insigne como modesto, gigante de cuerpo y de espíritu, y más rico de sentencias que de palabras; á aquel varón justo y sacerdote abnegado del saber, que formó parte de su Claustro, para dejar en él perpetuamente grabado su recuerdo. Yo no tengo que manifestar una vez más la veneración profunda que siento y he sentido siempre por el que fué mi inolvidable maestro. Me bastaría la consideración de haber sido su inmediato, aunque indigno sucesor en aquella cátedra «donde cada palabra suya era un pensamiento y cada pensamiento una revelación».

Hace años que, á falta de otros méritos, le consagro desde ella un culto tan lleno de admiración como entusiasmo, tan



respetuoso como sentido. No entra alumno alguno en su recinto que no oiga de mis labios aplicada á las enseñanzas y obras de Milá, la conocida salutación de Dante á Virgilio :

Vagliami il lungo studio e il grande amore  
Che m'han fatto cercar lo tuo volume  
Tu sei il mio maestro e il mio autore.

Mi primera lección del curso no es más que un humilde panegírico del maestro venerable, que en el aula balbuceaba su explicación como un monólogo interior, con los ojos medio cerrados ó fijos en lo alto, con la timidez de un discípulo.

Además, el recuerdo de Milá va unido en mí á otro más hondo, que le rodea cual de una dulce aureola familiar. El fué desde las primeras letras y desde la infancia de mi padre ( nacieron en el mismo año ), su amigo más íntimo y su mentor constante. Cuando hablo de él me parece que lo hago de un ser querido, que hubiera compartido el fuego y la sal de mi paterno hogar.

Milá y Fontanals perteneció á la briosa generación venida á la luz en la segunda decena del siglo pasado, que entró con banderas desplegadas por el campo del romanticismo, el cual encerraba en Cataluña no sólo un problema literario, sino otro más trascendental de renovación de su propia vida. Nacido en el confuso linde de dos épocas distintas, poco podía pensar en sus años juveniles, cuando le aquejaba la generosa dolencia romántica, que iba á ser el iniciador de importantes direcciones en la evolución de las ideas literarias en España, y que en el desbordado movimiento que alboreaba, la crítica póstuma había de señalarle el papel glorioso de adocrinador y caudillo de las mismas huestes en que se alistaba como modesto soldado.

Con todo y el valor colectivo de aquella generación de que le tocó formar parte, en la que aparecieron personalidades tan ilustres, como las de Piferrer, Llorens, Pí y Margall



y Coll y Vehí, al momento se distinguió en la erudición y en la crítica, de cuya moderna orientación fué el iniciador en España. A ellas llevó una seriedad escrupulosa, una parsimonia, una serenidad, una perseverancia benedictina, desconocida antes en nuestra patria, y que después de él no han menudeado mucho, por desgracia nuestra. Su educación fué más completa y disciplinada que la de todos sus contemporáneos, y en ella bebió aquél su doble é inseparable juicio ético y estético, que fué el ritmo constante de su pensamiento y de su producción, y aquel respeto religioso para el pasado, que no le vedaba la admiración generosa por el presente. Su formación fué lenta y silenciosa, pero vigorosa y firme, como la de los árboles gigantescos que sólo dan sombra á pueblos dignos de vivir en las alturas.

Nada más tengo que añadir y casi he de felicitar me de ello y del contratiempo que hoy me impide cumplir con el honroso, pero para mí desairado encargo que la Facultad de Filosofía y Letras echó sobre mis hombros, en sesión del día 7 de enero del año anterior, al tomar el oportuno acuerdo de honrar al que fué nuestro ilustre compañero, con motivo del próximo 25 aniversario de su muerte.

Una venturosa corriente de entusiasmo, producida con ocasión de una conmemoración gloriosa en la historia del renacimiento literario catalán (1) que el propio Milá despertó y robusteció con su genio y su autoridad, ha venido á adelantar imperiosamente la fiesta de nuestro homenaje, convirtiendo en corona apoteósica, la nuestra más modesta de siempre vivas que nos preparábamos á ofrendarle, y en culto fervoroso de todos los corazones lo que sólo hubiera tenido el carácter de una más honda y consciente, pero también más reducida y menos vibrante admiración de algunos discípulos é iniciados.

Esa mágica corriente nos ha avasallado á todos y el ho-

---

(1) El quincuagésimo aniversario de la fundación de los «Juegos Florales» en Barcelona.



menaje á Milá no podría ya encerrarse únicamente en el recinto de la Universidad, que, durante cerca de cuarenta años, fué el principal foco de su luminosa vida intelectual, ni aún en el de Barcelona, su ciudad predilecta, en la que se formó su espíritu, sino que ha trascendido á Cataluña y á España entera, y nos ha traído á nuestra tierra el ilustre Menéndez y Pelayo, el maravilloso apóstol de la España intelectual de un cuarto de siglo acá, de quien directa ó indirectamente somos discípulos cuantos desde la aparición de sus magistrales obras trabajamos en el campo de la crítica, de la erudición ó de las letras. Yo he tenido la dicha de ser el primero de ellos, que en esas aulas, donde mi admiración nació al mismo tiempo que la fraternal amistad que le profeso, se formó mi inteligencia al estímulo de su alto ejemplo, y al calor de sus sabias enseñanzas, y hoy que mis cabellos encanecen al rápido vuelo de los años, después de treinta y siete de comunicación, nunca entibiada, con el que fué mi glorioso condiscípulo, bendigo á Dios por haberme concedido la fortuna inestimable de haberle hallado en el camino de mi oscura existencia.

Ante su voz llameante de entusiasmo y de luz, providencialmente ha tenido que enmudecer la mía. Ante ella por otro lado, ninguna otra, ni aun la más autorizada, hiciera falta; porque ella sola basta para consagrar la inmortalidad y redimir el nombre de Milá del olvido injustificado é indiferencia de más de veinte años de nuestra tierra, que ha contrastado con la admiración profunda de sus discípulos de fuera de ella y de los sabios extranjeros, de los Wolf, Rajna, Gastón, París y Morel-Fatio.

Esa voz grandilocuente, que ni en la lectura pierde el efusivo dejo de voz hablada, nos dará á conocer la semblanza del varón justo y del maestro perfecto, en frases vibrantes y excelsas, y á la vez con esas intimidades efusivas del corazón, que producen los escalofríos purificadores del alma, porque bajo su recia musculatura intelectual la de mi amigo tiene siempre ecos de ternura y delicadezas hondas y exquí-



sitas. Menéndez y Pelayo, con acentos de filial afecto y frases de inmortalidad selló la tumba recién cerrada de Milá y Fontanals, que guarda sus despojos en su querida ciudad nativa, dejando dormido, al parecer, sobre su mármol el numen de la fama; él es también á quien principalmente hoy corresponde, como guardador y más profundo conocedor de sus tesoros intelectuales, y como al más famoso y amado de sus discípulos, depositar la primera y más rica corona de gloria, en el pedestal de la noble efigie con que la admiración y el afecto de los profesores y alumnos de nuestra Universidad han querido perpetuar en ella su memoria.

*(Una salva de aplausos coronó la lectura del magistral trabajo del Dr. Rubió).*

Al anunciar el Rector que el Sr. Menéndez Pelayo iba á leer una semblanza literaria del festejado, se hizo al ilustre académico una ovación delirante, que se repitió al aparecer en la tribuna, dando lectura al siguiente trabajo, que titula:

#### EL DR. D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS

No menos de treinta y seis años han pasado desde que un acaso venturoso de mi vida me trajo como alumno á los bancos de la Universidad de Barcelona. No difería esta escuela, en su organismo oficial, de lo que eran las restantes de España sometidas á triste uniformidad después que el plan centralista de 1845 acabó con los restos de la autonomía universitaria, que ahora tímidamente intenta renacer. Pero en Barcelona, como en otros centros de antigua cultura y de vida moderna más ó menos intensa, nunca se había extinguido la espontaneidad nativa del carácter provincial, y en la enseñanza, como en todo, se manifestaba; aunando venerables tradiciones con impulsos y anhelos de renovación, sentidos allí antes que en otras partes de la península. Tenía, pues, la Universidad barcelonesa, en 1870, sus dotes carac-



terísticas, que en gran manera la diferenciaban dentro de nuestra vida académica tan pobre y lánguida; y por ellas había conquistado, sin ruido ni aparato externo, cierta personalidad científica, una vida espiritual propia, aunque modesta, que daba verdadera autoridad moral á algunos de sus maestros, haciéndolos dignos educadores de almas y nobles representantes del pensar de su pueblo. Heredera la Universidad, por una parte, del floreciente « romanismo » de la escuela de Cervera, de la tradición jurídica, arqueológica y de humanidades que se compendia en el gran nombre de Finéstres; y por otra, de las tradiciones de la ciencia experimental que había sido profesada no sin brillo en la antigua Escuela de Medicina y en los Estudios de la Casa-Lonja, mostró desde sus primeros días un sentido histórico y positivo, de pausada indagación y recta disciplina, nada propenso á brillantes generalizaciones, intérprete y no deformador de la realidad, tímido; pero seguro, en sus análisis, respetuoso con todos los datos de la conciencia, atento á los oráculos de la venerable antigüedad, sin acercarla ni alejarla de nosotros demasiado. Y este sentido, con la variedad propia de cada género de estudios, inspiró lo mismo á los jurisconsultos que á la luz de la escuela histórica comenzaron la rehabilitación de las antiguas instituciones, que á los psicólogos partidarios de la escuela de Edimburgo, y á los críticos y artistas que, educados en el romanticismo arqueológico, llegaron á convertir en doctrina estética lo que había sido al principio intuición genial.

En esta escuela me eduqué primeramente, y, aunque la vida del hombre sea perpetua educación y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que, á falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo á la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente no se ha modificado nunca. Á esta escuela debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser



ni krausista ni escolástico, cuando estos dos verbalismos, menos distantes de lo que parece, se dividían el campo filosófico, y convertían en gárrulos sofistas ó en repetidores adocenados á los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de conciencia y conforme á qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio un modo de pensar, histórico, relativo y condicionado, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino á la prudente cautela del *ars nesciendi*. Allí la visión de lo concreto, manifestada en las formas tradicionales del arte y de la costumbre y en la perenne y práctica observación de los fenómenos del alma, tenía aventajados intérpretes que á cualquiera escuela de Europa hubieran honrado, y entre los cuales descollaban dos que bien podemos llamar eminentes: D. Francisco Javier Llorens y D. Manuel Milá y Fontanals.

Del primero, á quien sólo alcancé en el último año de su profesorado, tengo escasos recuerdos personales. Su labor pedagógica quedó, como la de Sócrates, archivada, no en libros, sino en espíritus humanos. Ninguna obra impresa lleva su nombre, pero nadie influyó tanto como él en la educación filosófica de Cataluña, y cuantos penetraron en su intimidad le aclaman maestro del recto pensar y del recto vivir, porque fué filósofo práctico en quien guardaron perfecta consonancia las obras y la doctrina. Y no filosofó por alzar figura, ni por seducir con vana palabrería á los incautos, sino con austera y viril consagración al espíritu de verdad y de vida que emancipa á los hombres de la tiranía del error, de la pasión y de la falacia. En frente de una generación de soñadores en quienes fermentaba, confusa y mal digerida, la especulación germánica:

*Gens ratione ferox et mentem pasta chymoeris,*



Llorens, que no negaba la filosofía de lo incondicionado sino que la veía como una inmensa revelación que se impone á la mente humana en el término de la realidad cognoscible, dió los más altos ejemplos de sobriedad científica, encerrando su actividad en los límites del método psicológico que conocía y practicaba como ningún profesor de su tiempo. Su cultura filosófica, que era más profunda que vasta, había tenido por primer alimento la filosofía escocesa y kantiana, pero aunque sean evidentes sus afinidades con el pensamiento de Hamilton y Mansel, no sólo influyeron en él otras direcciones como el renovado aristolismo de Trendelenburg, sino que fué grandemente original en las aplicaciones de su método á la ciencia y á la vida, que para él no eran esferas independientes, sino testimonios diversos de la vitalidad de la conciencia: no la individual solamente, en cuya contemplación solitaria y estéril se absorbe el puro psicologismo, sino la conciencia del género humano, que en la tradición va estampando su huella con riquísima variedad de formas históricas, con eflorescencia de arte y de poesía, de símbolos y leyendas. Así su alma de artista no menos que de filósofo gozaba en la observación de los usos populares interpretándolos con alto sentido; prestaba oído atento á los sonos de la canción popular; abominaba del vandalismo artístico con una sensibilidad aguzada y exquisita; y era á su modo grande artífice de la vida, realzando en su persona la dignidad del hombre y del maestro, templando la austeridad con la dulzura. El eco de sus palabras se conserva débilmente en notas taquigráficas y apuntes de clase, que sólo dan idea de algún período de su enseñanza, pero su imagen moral permanece indeleblemente grabada en la mente y en el corazón de los que fueron sus más inmediatos discípulos. Cuando alguno de ellos se resuelva á escribir íntegra la historia del pensamiento filosófico de D. Javier Llorens, quedará patente que así como Martí de Eixalá representa el primer momento de la escuela escocesa en Cataluña, el tránsito de la ideología



á la psicología espiritualista, de Locke á Reid; así Llorens personifica el segundo momento, la evolución de la filosofía del sentido común modificada ya por la crítica de Kant; la comprensión total de la doctrina hamiltoniana de la conciencia; los nuevos rumbos de la psicología experimental y de los estudios lógicos; y como alma de todo esto una velada y modesta aspiración metafísica, que no cristalizó nunca en forma cerrada, pero que fué por lo mismo efficacísima como estímulo de pensamiento y germen de libre educación, en espíritus muy diversos.

Del otro gran maestro que por entonces realzaba ante propios y extraños el crédito de esta Facultad de Letras, quisiera hablaros á todo mi sabor, porque no sólo penetré en su intimidad y recogí de sus labios la mejor parte de la doctrina literaria que durante mi vida de profesor y de crítico he tenido ocasión de aplicar y exponer, sino que fuí honrado por él con tales muestras de estimación y cariño, que me dan algún derecho para contarme entre sus discípulos predilectos, si no por razón de mérito, á lo menos por beneficio de la fortuna. Unido con D. Manuel Milá no sólo por lazos de filiación espiritual sino por la herencia de sus papeles literarios, reservo para ocasión muy próxima el trazar su biografía con la extensión y copia de datos que la importancia del personaje requiere, y que el gusto moderno, cada vez más exigente y curioso, reclama con razón en las historias de los varones preclaros, si no han de degenerar en insulsos panegíricos. Hoy ni la angustia del plazo impuesto por la solemne conmemoración que su patria le tributa, ni el agobio de otras atenciones que sobre mí pesan y coartan mi libre actividad, me permiten ofreceros otra cosa que un modesto preámbulo á la biografía proyectada, un esbozo ligerísimo de la gran figura que contemplé con veneración desde mis primeros años, y que ahora, á través del sepulcro sigue conversando conmigo y alumbrando mi vida con la suave y benéfica claridad de su enseñanza.



Tuvo nuestro Dr. Milá el privilegio, á raros españoles de nuestros tiempos concedido, de que su nombre traspasase las fronteras y fuese donde quiera respetado como el de un varón docto y modesto, igual á los mejores en el orden de estudio que cultivaba, español europeo, para quien no eran menester salvedades ni eufemismos, que en el elogio de otros rara vez dejan de interpolarse. De esta gloria tranquila y apacible disfrutó en vida, y no ha cesado ella de acrecentarse después de su muerte, entre los cultivadores de la filología romance, como sabe por experiencia todo el que tenga hábito de recorrer sus libros y revistas. Casi todos los trabajos del género de los de Milá y contemporáneos de los suyos van quedando anticuados: las construcciones prematuras y ambiciosas empiezan á cuartearse y cada día presentan más grietas: la historia literaria de la Edad Media española va renovándose en todas sus partes por el concurso de propios y extraños. Pero el pabellón aislado y humilde que Milá construyó desafía hasta ahora la inclemencia de los temporales y nos da esperanzas de aquella sólida duración que cabe en las obras históricas cuando son sabias y honradas; de aquel género de inmortalidad, no ruidoso pero ciertamente envidiable, que circunda de universal respeto los nombres de Zurita y de Flórez. La implantación en España de los modernos métodos de investigación crítica á Milá se debe principalmente, y aunque apenas hiciese excursiones fuera del campo de la historia literaria, y en él se concretase á cierta época y á ciertos géneros, su ejemplo pudo y debió ser trascendental á otras ramas de estudios, y no sólo en los cultivadores de la tradición poética, sino hasta en los de la historia jurídica estampó su huella. El rumbo que por fortuna han tomado en España los pocos que estudian de veras, el movimiento histórico que aspira á la clara conciencia de nuestro pasado, la serena objetividad con que ya proceden los mejores, los hábitos de probidad científica que empiezan á imponerse á los más díscolos, son prenda



de un despertar, lento pero seguro. Y toda gratitud es poca para los hombres como Milá que prepararon con esfuerzo casi solitario esta obra de madurez intelectual, contrastando con su asidua labor pedagógica y con la persuasiva moderación de su estilo el influjo enervante de la retórica estéril y de la erudición inexacta y confusa, que tan sueltas andaban por aquellos años, y tanto nos cuesta hoy mismo reducir á disciplina en el espíritu propio y en los ajenos.

Los méritos de este insigne profesor en el cultivo de las lenguas y literaturas neo-latinas son tan notorios que parece inútil encarecerlos. Fué Milá nuestro primer provenzalista, ó por mejor decir el único que España ha producido después del canónigo Bastero, auténtico precursor de Raynouard. Y aplicó de un modo original este conocimiento que de la lengua de los trovadores tuvo, para entresacar de sus obras cuanto importa á la historia civil y literaria de nuestra península y deslindar el elemento catalán, que fué tan poderoso en la cultura poética de las cortes occitánicas. Fué el primero, á lo menos en España, que aplicó los procedimientos de la novísima filología á la variedad catalana de la lengua de *oc*, y al catalán vulgar de Barcelona, llegando á entrever alguna importante ley fonética en cuya comprobación trabajaba con ahinco cuando le sorprendió la muerte. Pero más inclinado á los estudios literarios que á los puramente gramaticales, aunque iluminase siempre los primeros con la antorcha de los segundos, se internó por la selva virgen de la literatura catalana de los tiempos medios con una sagacidad crítica cuyos aciertos sorprenden más por la penuria del material bibliográfico de que disponía. Y aunque de los prosistas históricos y didácticos, que son el nervio de esta literatura, escribiese poco, ahondó mucho en el estudio de los poetas, y suya es la primera monografía que en conjunto los abraza, tan útil y sólida, tan instructiva en medio de su brevedad esquemática. Este capítulo de historia literaria era entonces enteramente nuevo: fácil es hoy enriquecerle con



el hallazgo de nuevos cancioneros que Milá no llegó á ver, y con el fruto de la investigación bibliográfica de Aguiló y de sus eruditos sucesores; pero las líneas generales del monumento permanecen intactas, y la alta y sobria crítica de Milá, exenta de toda pasión, aun la del patriotismo, prosigue sirviendo de norma á todo historiador digno de este nombre.

Más conocidos fuera de Cataluña, y todavía más eminentes, son los méritos de Milá como cultivador de la novísima ciencia de las tradiciones populares que con frase inglesa generalmente aceptada llamamos *folk-lore*. Fueron Milá y el gran poeta portugués Almeida Garret, los primeros que en la península publicaron colecciones de romances directamente recogidos de la tradición oral, completando con ellos las riquísimas colecciones castellanas, tan conocidas y celebradas desde antiguo, y abriendo nuevo y profundo surco en el estudio del alma colectiva de nuestra raza. El *Romancerillo* catalán, aún considerado en su primera edición, supera grandemente al portugués, no sólo por la fidelidad estricta con que reproduce los cantos populares, que Garret casi siempre alteraba ó refundía conforme á su gusto romántico, sino por presentar buen número de temas poéticos nuevos, ya indígenas de Cataluña, ya similares de las canciones de Provenza y de la alta Italia; lo cual no acontece con los romances portugueses, que son por lo común variantes de los castellanos cuyas asonancias conservan. Es claro que las colecciones, todavía inéditas en su mayor parte, de D. Mariano Aguiló, aventajan en riqueza de materiales á la de Milá, que por los hábitos de su vida forzosamente sedentaria, nunca pudo ni pretendió ser un «excursionista» literario; pero su genio crítico, su fina comprensión del alma del pueblo, suplió con creces lo que hubiera de incompleto en sus exploraciones, le llevó como por la mano á seleccionar lo mejor y más característico, le hizo romper el estrecho círculo de la tradición doméstica, en que otros voluntaria y honrosamente se confinaron; y como ciudadano que era de la uni-



versal república de las letras, estético de profesión y gran maestro de doctrina literaria, afirmó la unidad de la poesía popular sobre la muchedumbre de sus apariciones históricas, y sintetizó sus leyes en una verdadera teoría tan sencilla como luminosa. Los preliminares del *Romancerillo*, publicado en 1853, contienen las más profundas consideraciones sobre la poesía popular que hasta entonces hubieran salido de pluma española: páginas que nadie, salvo su propio autor, ha superado después. Allí está en germen la obra capital de Milá; allí, en forma más popular y asequible que la rígidamente científica que adoptó después, están concentradas las más ricas intuiciones de su mente, y aun pudiéramos decir de su corazón, que no tomaba poca parte en estos trabajos, aunque procurase tenerle á raya. Y no sólo á las canciones narrativas, sino á las líricas, mucho menos estudiadas hasta estos últimos tiempos, y á las consejas y cuentos tradicionales, y á las rudas é infantiles manifestaciones del elemento dramático, atendió Milá, coleccionando por primera vez algunas *rondallas*, y dedicando á las representaciones populares catalanas, á los juegos y danzas que con ellas se enlazan, el último de sus trabajos, en cuya revisión y complemento le sorprendió la muerte.

No era Milá de los que indiscretamente se enamoran de todo lo que es ó les parece popular. Hombre de gusto antes que arqueólogo literario, sabía distinguir en lo popular como en lo erudito el oro de la escoria. Y era punto capital de su doctrina que la poesía del pueblo en su estado actual, degenerada é infestada de vulgarismo, incoherente á veces y falta de sentido en los labios que la recitan, es sólo un eco cada vez más apagado de otra grande y primitiva poesía, que no fué en su origen patrimonio de las clases más humildes, sino creación espontánea de las sociedades heroicas y expresión total de su vida en el misterioso crepúsculo de la historia moderna. De esta poesía heroico-popular que renovó en los tiempos medios algunos de los caracteres de la epopeya ho-



mérica, fué Milá conocedor profundo, y el más preparado para serlo por la ingenuidad patriarcal y robusta de su carácter, por el raro y hondo sentimiento que tenía de todas las cosas sencillas y rudas. Hasta físicamente parecía, en sus últimos años, un venerable viejo de « cantar de gesta », un *aedo* redivivo, que con su prócer estatura dominaba á las muchedumbres, y de cuyos labios, impregnados de bondad y sabiduría, parecía próximo á desatarse siempre el raudal del canto y de las sentencias de oro provechosas para la vida humana.

La epopeya francesa y la castellana de la Edad Media fueron el campo principal de sus estudios y meditaciones. Y aunque de la primera apenas trató más que en sus relaciones con la segunda, todavía es tan importante lo que dijo, y tanto peso tiene su opinión en algunas cuestiones difíciles y controvertidas, como la de las primitivas cantilenas y la teoría del verso épico, que con frecuencia se le ve citado en los grandes libros de los especialistas en la materia, comenzando por el universal maestro de la filología romance Gastón París y terminando por el verboso y entusiasta León Gautier. Un solo nombre español, el de Milá, figura en la apretada falange de los eruditos extranjeros, principalmente alemanes é italianos, que han colaborado en la rehabilitación del genio épico francés tan ignorado ó vilipendiado hasta nuestros días por la crítica francesa de colegio clásico.

Milá, que en su larga vida de profesor y de crítico siguió paso á paso las ediciones y comentarios de esta selva de poemas desde el *Román de Berthe*, publicado por Paulino París en 1832 hasta el último número de la *Romania*; y que ya en 1844, en las páginas de un tratado elemental de *Arte Poética*, se manifestaba enterado de esta literatura que, salvo D. Agustín Durán, nadie conocía en España ni aun de nombre, no había adquirido este conocimiento por puro « delectantismo », aunque su alma de artista se complaciese en la evocación de las costumbres caballerescas con su propio y



nativo color, y no con los falsos y postizos arreos con que los había ataviado la musa romántica. Así como la lírica de los trovadores, que él no estimaba mucho y que en el fondo le era poco simpática, le había servido para ilustrar en gran manera los orígenes de la literatura española, y aun la misma historia política de los siglos XII y XIII, así el estudio paciente y prolijo de la maravillosa vegetación épica de la Francia del Norte le condujo al descubrimiento (bien podemos llamarlo así) de la epopeya castellana, que es el mayor timbre de su vida literaria.

Porque es cierto que antes de Milá eran bien conocidos los dos únicos cantares de gesta que en su forma antigua poseemos; y es cierto también que habían sido objeto de peculiar y cariñosa solicitud de la crítica universal nuestros romances viejos, de los cuales existían incomparables colecciones formadas en España y en Alemania, pero nadie había pensado en relacionar entre sí estas dos manifestaciones poéticas á primera vista tan independientes, ni mucho menos en averiguar su genealogía. Y al paso que se exageraba fabulosamente la antigüedad de los romances, suponiendo que eran los primeros vagidos de la musa nacional, aunque su lenguaje y versificación estuviesen diciendo á voces lo contrario, se regateaba carácter popular al *Poema del Cid*, llegando la temeridad de algunos hasta considerarle como exótica imitación de las gestas transpirenaicas, sin raíces en el suelo donde nació. Era corriente entre los críticos de mayor autoridad la afirmación de que España no había tenido verdadera epopeya. Así lo enseñaban, para no citar á otros, Wolf en sus memorables *Studien* y en el prólogo de la *Primavera y flor de romances*, y Gastón París en la *Historia poética de Carlomagno*.

Desde 1853, fecha de sus primeras *Observaciones sobre la poesía popular*, había anunciado Milá una teoría enteramente diversa, que obtuvo su perfección y complemento en el libro *De la poesía heroico-popular castellana* impreso



en 1874, que es el más sólido é indestructible fundamento de su gloria. Este libro apenas leído entre nosotros al tiempo de su aparición aún por los que más obligados estaban á leerle y entenderle, salvó triunfante el Pirineo, el Rhin y los Alpes, y ha sido más citado y estimado que ningún otro libro de erudición española, porque representaba no sólo un acrecentamiento de doctrina, sino un cambio de método. La unidad de nuestra poesía heroica, el verdadero sentido en que ha de tomarse el ambiguo nombre de popular que lleva, la genealogía de los romances y su derivación mediata ó inmediata de los cantares de gesta, las relaciones entre la poesía y la historia, el valor de las crónicas como depósito de la tradición épica y medio de reconstituir los poemas perdidos, el influjo de la epopeya francesa en la castellana, desconocido por unos y exagerado por otros, la teoría métrica del verso de las primitivas gestas y sus evoluciones, fueron puntos magistralmente dilucidados por Milá. Y si es verdad que en algunos había tenido precursores, como él leal y modestamente reconoce, también lo es que por él quedaron definitivamente conquistados para la ciencia, y que él fué quien los redujo á cuerpo de doctrina, corroborándolos con el estudio paciente y minucioso de cada ciclo, en que su sagacidad logró verdaderos triunfos, especialmente en la leyenda de Bernardo del Carpio. Quien tenga que discurrir en adelante sobre estas materias, habrá de tomar por guía el libro de Milá, so pena de confundirse y extraviarse. Su método vale todavía más que sus conclusiones: éstas podrán ser modificadas en algún detalle, pero el procedimiento es seguro, infalible, casi matemático. Pudo equivocarse, y se equivocó alguna vez, por falta de datos, pero interpretó y combinó admirablemente todos los que poseía, y los hizo servir para una demostración luminosa, que un gran discípulo digno de él, el joven autor de *La leyenda de los Infantes de Lara*, ha reforzado y completado con importantes corolarios. Hoy no sólo está reconocido por la crítica el concepto de la epopeya castella-



na, sino determinado íntegramente el proceso evolutivo de sus poemas. Precisamente el libro del Sr. Menéndez Pidal, antes aludido, viene á confirmar la tesis capital de Milá respecto de la derivación de los romances, aplicándola á un caso en que el maestro la había sospechado, pero sin poder resueltamente afirmarla.

Sin haber en la poesía heroica de Castilla tan extensos ciclos como en la epopeya francesa puede notarse cierto número de temas predilectos cuya elaboración se prosigue á través de los siglos, modificándose al compás de vicisitudes del gusto literario y de las transformaciones históricas de nuestro pueblo. Estos temas épicos, prescindiendo de la pérdida de España, que no es nacional de origen aunque llegó á españolizarse mucho, se reducen á cuatro: Bernardo del Carpio, los Infantes de Lara y finalmente el Cid, que eclipsa á todos los héroes poéticos que le precedieron. Esta razón, y también la no menos valedera de haberse conservado acerca de sus hazañas documentos más extensos y antiguos que los que tenemos sobre los demás personajes que en nuestra Edad Media dieron asunto á la canción popular, han hecho que la atención de los críticos se haya inclinado con preferencia á esta grandiosa figura, y principalmente al venerable poema en que la gloria del Campeador se confunde con los orígenes de la lengua y poesía castellanas.

Peró nadie duda hoy, gracias á Milá y á su insigne continuador, que ese poema, aunque casi solitario hasta ahora, no fué el único, ni tampoco el primero de su género, sino que perteneció á una serie bastante rica de *Cantares de gesta*, que en su primitiva forma no conocemos ya, pero que indirectamente nos son revelados por otros textos históricos en que persistió la materia épica, aunque la forma cambiase. La *Crónica general*, recogiendo en extracto las gestas primitivas, contribuyó mucho á que se perdiesen, pero no las extinguió del todo. Lo que hicieron fué tomar nueva forma, surgiendo en el siglo xiv una épica secundaria, que influyó á



su vez en las refundiciones de la *Crónica*, y de la cual, además, nos quedan, si bien pocos, notables fragmentos que derraman inesperada luz sobre el origen de los romances, tenidos en otro tiempo por la forma más antigua de nuestra poesía popular, cuando son, por el contrario, la más reciente, y apenas puede decirse que pertenezcan á la Edad Media más que por su inspiración primitiva. Heredaron el metro de diez y seis sílabas propio de la segunda edad de nuestra epopeya (como vemos en la *Crónica Rimada*, y en la abundancia de octosílabos que contiene la *Crónica* particular del *Cid*, sacada de una de las variantes de la *General*), y fueron, en la mayor parte de los casos, ramas desgajadas del tronco épico, más bien que vegetación lírica nacida á su sombra.

Milá provenzalista, Milá filólogo catalán, Milá *folklorista* y colector de la poesía popular, Milá historiador literario de la Edad Media, es universalmente conocido y respetado. Los títulos de su gloria están muy altos para que ninguna emulación los toque. Pero antes que este Milá, y al mismo tiempo que él, existió otro mucho menos conocido fuera de España, y aun pudiéramos decir fuera de Cataluña, pero no menos digno de serlo, porque en cierto modo es la raíz y el fundamento del Milá triunfante y definitivo. Antes de iniciarse como verdadero *autodidacto* en el método histórico comparativo que nadie podía enseñarle en España, Milá había sido poeta clásico, romántico, humanista y estético, apasionado de todas las formas y manifestaciones de lo bello, ingenioso conocedor en arquitectura, en pintura y aun en música: artista en potencia más que en acto, no sólo por lo limitado de su producción, sino porque el genio crítico absorbía la mayor parte de su esfuerzo intelectual. Pero su sensibilidad era de las más delicadas y exquisitas hasta el punto de convertirse para él en verdadero tormento. En las frecuentes crisis melancólicas que desde su juventud padeció, llegaba á mirar con prevención y recelo los goces estéticos, sin los cuales no hubiera



podido vivir, pero que por su misma intensidad, con ser de orden tan espiritual, perturbaban transitoriamente la paz de su alma, sumergiéndole en un éxtasis que tenía por peligroso y enervante, y que alarmaba su escrupulosa conciencia. No diré que estos escrúpulos no pecasen de nimios, pero la misma insistencia con que tornaba á ellos, así en sus pláticas familiares como en las instrucciones que daba á sus discípulos, inculcándoles una y otra vez que el hombre ha nacido para la acción viril y no para el sueño, aunque el sueño del arte, sea, sin duda, el más noble de todos, prueban un estado de ánimo que era á la par angustioso y dulce, una pureza ideal y siempre vigilante, que todo artista de corazón cristiano puede envidiar, y al mismo tiempo una profunda y dolorosa simpatía por las víctimas de aquella dolencia moral que él á tanta costa había logrado vencer, refugiándose en la erudición, en la arqueología, y en el reducto todavía más inexpugnable de la sabiduría práctica y de las virtudes domésticas y oscuras.

El fondo de Milá era esencialmente poético, no porque haya dejado apreciables versos castellanos y algunos catalanes de mérito muy superior, sino por la rara aptitud que tenía para descubrir el alma poética de las cosas, para interpretar la naturaleza y la historia bajo razón y especie de poesía; por cierto elevado simbolismo que se juntaba, y era su mayor originalidad, con un sentimiento vivo y preciso del detalle gráfico, con una tendencia que bien podemos llamar realista, en que no desmentía su filiación española y catalana. Esta tendencia fué la que en su juventud le salvó del transitorio influjo de Chateaubriand y de Lamartine, para llevarle al culto de Walter-Scott y de Manzoni en que perseveró toda su vida. Ella fué también la que en sus estudios sobre la Edad Media le preservó del neo-catolicismo sentimental y gótico-florido importado de Francia. Pero la educación literaria de Milá es punto que reclama especial consideración por tratarse de quien fué sin disputa el primer crítico



español de su tiempo, y dudo que haya sido dignamente reemplazado después.

Cuando Milá abandonó las aulas de Cervera para terminar en la restaurada Universidad de Barcelona los estudios de Jurisprudencia que sin gran vocación había cursado, traía el sólido fundamento de una cultura de humanidades, que despertó sus primeras aficiones, y le hizo conservar incólumes los principios del buen gusto en medio de la revolución literaria de que iba á ser no sólo testigo sino actor. Los que se imaginan á Milá como un arqueólogo romántico no aciertan más que á medias. Había conocido la Antigüedad antes que la Edad Media, y precisamente la una le sirvió para comprender la otra sin pasión ni exclusivismo. Su teoría de la epopeya se aplica por igual á los poemas homéricos y á las gestas. De él puede decirse que veía la Antigüedad con visión romántica, y era clásico hablando de la Edad Media. Una de sus dotes más envidiables era aquel espíritu de serenidad y armonía que no se adquiere en el caos de la literatura moderna sino en la temprana y por algún tiempo exclusiva contemplación de los modelos de Grecia y Roma, que por su lejanía misma educan el sentido de lo bello sin ponerse en contacto demasiado íntimo con nuestros hábitos y propensiones. Nunca hizo Milá profesión de filólogo clásico. No era helenista, ó lo fué muy tardía é incompletamente, pero era, y bien lo saben todos los que le conocieron, aventajadísimo en el conocimiento de la lengua y literatura latina, de la cual sacaba copiosos ejemplos para sus lecciones y que le servía de piedra de toque para sus juicios. Virgilio y, sobre todo, Horacio eran sus poetas predilectos. Sabía de memoria casi todas las odas del segundo, había hecho especiales estudios sobre su métrica, y estaba profundamente imbuído en el peculiar carácter de la lírica horaciana, que cuadraba muy bien con su amor á la sobriedad enérgica y sentenciosa, á la expresión rápida y concentrada. Si en Horacio le embelaban la regularidad matemática de las estrofas, el presti-



gio insólito del ritmo, la sabia construcción del período poético, el artificio complejo y sutil de la dicción, y, para decirlo con palabras suyas, «aquel lírico divagar y aparente desorden que distinguen la oda antigua de la canción provenzal é italiana», otras y más profundas cualidades le hacían mirar con veneración y cariño entrañable las odas de nuestro Horacio cristiano Fr. Luis de León, á quien llamaba «el más puro, el más amable y justo entre los poetas españoles», cuya alma apaciblemente enérgica y dulcemente grave veía reflejada en la mansa corriente de sus versos, desaliñados á veces pero llenos de sincera emoción lírica, rarísima donde quiera, y más en escuelas que han tenido la imitación por principal norma. Aun esta misma imitación docta é inteligente era grata á Milá cuando va acompañada de suficiente jugo poético; y no sólo en Fr. Luis de León, que resultó originalísimo imitando, sino en poetas mucho menores pero de corte y sabor horacianos: en las lindas estrofas del Bachiller Francisco de la Torre, en las elegantes pero demasiado literales y algo secas imitaciones de Francisco de Medrano, en la intachable destreza técnica de los endecasílabos sueltos de D. Leandro Moratín, y en el vuelo intermitente y desigual, pero á veces poderoso, de vuestro Cabanyes, cuyos *Preludios* vindicó del olvido Milá, dando á su autor el puesto singular que en nuestra literatura le corresponde como innovador de las formas clásicas con espíritu y aliento románticos. A muchos sorprenderá que Milá, tan amigo de la canción popular, ruda y espontánea, mirase con tanta estimación los productos del arte erudito, pero en su gusto grande y hospitalario cabían aficiones muy diversas, y precisamente las unas servían de saludable freno á las otras, evitando los peligros de una dirección exclusiva. No gustaba de la oda académica, era algo tibia su admiración por los Quintanas y Gallegos y en general por toda poesía de entonación enfática y oratoria; no cayó nunca en el vulgar error de confundir la poesía con la elocuencia poética; pero sabía apreciar lo



mismo el procedimiento instintivo que en el canto popular deposita las intuiciones elementales del espíritu y los nativos impulsos del corazón, que la manera verdaderamente lírica con que el poeta culto rehace en sí la espontaneidad primitiva y llega á hacerse natural y sencillo á fuerza de arte, dando nueva é imperecedera forma á los humanos afectos y agrandando la visión estética del mundo.

Si los estudios clásicos dieron á Milá, como á todo literato digno de este nombre, la base más sólida de su cultura, el romanticismo fué la pasión de sus años juveniles y el cauce por donde corrieron sus primeras inspiraciones, rara vez traducidas en obras poéticas, pero arraigadas y latentes en su ánimo, aun bajo el imperio de la más severa disciplina científica. Ya hemos visto que algún tributo pagó al subjetivismo melancólico. De Chateaubriand solía decir que «le había hecho mucho daño»; y si Byron no le hizo tanto fué porque se internó menos en su comercio, aunque algo se nota la influencia del autor de *Manfredo* en aquel ensayo semi-dramático *Fasque ne fasque*, que Milá puso luego tanto empeño en destruir. Pero estas ráfagas de pesimismo y agitación moral pasaron presto, y el romanticismo de Milá fué esencialmente histórico, retrospectivo y arqueológico. Por este lado iban todas sus predilecciones. Aún en la obra inmensa y múltiple de Goethe, que es el mayor monumento poético de los tiempos modernos, lo que más le atraía y lo que mejor llegó á comprender y asimilarse fué el elemento legendario y popular, lo mismo en las baladas que en la primera parte del *Fausto* y en *Goetz de Berlichinhen*, drama que admiraba mucho y del cual hizo una traducción libre ó adaptación castellana con intento de que se representara. En cambio la fría y mármorea belleza de *Ifigenia*, el sensualismo más reflexivo y plástico que ardiente de las *Elegias Romanas*, y los símbolos inextricables del segundo *Fausto* no le producían gran deleite. El drama idealista de Schiller en su segundo período, le cautivaba, no sólo por la elevación



moral sino por la representación de la vida histórica, sobre todo cuando esta representación es fiel y adecuada, como en *Wallenstein* ó tiene la verdad del paisaje y del ambiente, como en *Guillermo Tell*. Aun en el mismo Shakespeare, de cuyas aras fué uno de los primeros devotos en España cuando todavía no estaba de moda el afectar su culto, no le interesaba menos el pintor de historia que el profundo escudriñador de los arcanos de la conciencia humana.

Pero la verdadera iniciación romántica de Milá y de sus contemporáneos catalanes, entre los cuales descuella el brillantísimo y malogrado Piferrer, no se había hecho por virtud de ninguno de los colosos del arte, sino de otro ingenio más modesto y asequible, astro de luz menos intensa, cuyos fulgores han ido lentamente apagándose, aunque en su tiempo iluminaron á toda Europa, y ¿quién sabe si volverán á rayar sobre el horizonte cuando triunfe otra vez, en el incesante flujo y reflujo de las formas artísticas, la forma de novela por él representada? La influencia del romanticismo alemán de los hermanos Schlegel que fué grande en Milá y en Piferrer, tuvo en esta dirección escocesa, más realista y familiar, saludable contraste. Fué para Milá día providencial aquel en que un docto fraile dominico á quien había conocido en la Universidad de Cervera, puso en sus manos las primeras novelas de Walter-Scott, que comenzaba á dar á luz en traducciones generalmente esmeradas la casa editorial de Bergnes. Desde entonces fué la lectura del novelista de Edimburgo uno de los recreos favoritos de su espíritu: en ella buscaba distracción y alivio á sus melancolías: era, según confesión propia, el autor que más veces había leído, no sólo en las novelas sino en los poemas como *Rokeby* y *La dama del lago*, que juzgaba muy superiores á su fama y que analizó ingeniosamente. Siempre, y á despecho de todos los cambios de la moda, atrajeron á Milá las vistosas rayas del *plaid* caledonio. Y con él compartía esta admiración toda la antigua escuela catalana, que si fué escocesa en filo-



sofía, no lo fué menos en literatura. Cuando se haga la historia del influjo de Walter-Scott, que fué mucho más extenso que el de Byron en el romanticismo español, habrá que señalar á Barcelona como uno de los principales focos de esta literatura, no porque se escribiesen allí más novelas y leyendas históricas que en otras partes, sino porque el pensamiento poético de Walter-Scott penetró más que ningún otro en el alma de los artistas y de los críticos y aun en la afición común de los lectores; y á cada paso se encuentra su huella, en la prosa pintoresca y exuberante de los viajes artísticos de Piferrer, en las baladas tan apacibles y simpáticas de Carbó, deudo de Milá por afinidad, en los rasgos incorrectos y geniales de las poesías líricas de Semís, y en otros ingenios menos conocidos, segados casi todos antes de tiempo por la hoz de la Parca. Es más, el primitivo catalanismo se nutrió de la savia de esta escuela, que para los catalanes no fué meramente de emancipación literaria, sino de regreso á los temas tradicionales, de amor á las memorias y usanzas viejas, y ( como lo dice admirablemente Milá ) « á las rústicas costumbres populares en que parece residir todavía, bien que envejecido y destronado, el genio poético de las edades antiguas ». Hubo sin duda mucho de arqueológico, pero hubo todavía más de franco y sincero entusiasmo juvenil, en esta vuelta á lo pasado, que quizá era sólo aparente, porque en lo pasado estaba el germen y la razón de lo porvenir, como todos lo vieron claro cuando llegó la plenitud de los tiempos.

Milá, imitador de Walter-Scott en las pocas leyendas que compuso, generalmente en prosa, lo fué de un modo más eficaz en su comprensión poética de la Edad Media, que, aun depurada y corregida por el estudio frío y analítico de los años maduros, conservó siempre rastros de su origen. Pero si en esta parte tuvo que rectificar algo de los entusiasmos de su mocedad respecto de *Ivanhoe* y *El Talismán*, y llegó á preferir aquellas novelas más modestas en que el ingenioso maestro escocés pinta con minuciosidad flamenca escenas y



tipos de una vida más próxima á su tiempo, como *El Anticuario* y *El Astrólogo*, siempre confesó que le debía su primera afición á las baladas y cuentos populares. Sabido es que grandes historiadores, como Agustín Thierry, reconocieron la parte que en su aprendizaje había tenido la intuición poética de Walter-Scott. También Milá, que era *folk-lorista* de raza, encontró el secreto de su vocación científica en aquellas páginas, á primera vista de pura amenidad, en que curiosamente están recogidos los mitos, leyendas y supersticiones de las tierras altas de Escocia y de la región de los lagos, donde el genio céltico conserva todavía misterioso asilo.

Esta particular deuda de gratitud, y el encanto que siempre halló en la cordial expansión de aquel temperamento poético tan sano y bien equilibrado, no impedían á Milá ver con claridad todo lo que hay de endeble, superficial y transitorio en el arte más extenso que intenso de Walter-Scott, y que priva á la mayor parte de sus obras del inmortal prestigio que circunda los monumentos clásicos de todas las literaturas. No siempre los autores más admirables son los más amados ni los que más influyen en nuestra vida, y el caso presente lo comprueba. Pero Milá tuvo la suerte de conocer, al mismo tiempo que las innumerables narraciones de Walter-Scott, la novela única é imperecedera de Manzoni, que le reveló un mundo poético superior, en medio de su humilde austeridad y voluntario alejamiento de toda quimera engañosa. El realismo de Manzoni, que sería más amargo que benévolo si no estuviese penetrado donde quiera de piedad y resignación; aquella ironía alta y trascendental que, dominando el espectáculo de la vida, nos hace entrever su ley; la simpatía hondamente evangélica por los menesterosos y los humildes; la compenetración admirable del caso doméstico y vulgarísimo con la trama entera de la vida social; el espíritu de práctico y positivo cristianismo que todo el libro rebosa, eran y son el mejor antídoto que puede encontrarse



contra aquellas dolencias del sentimiento y de la fantasía de que Milá había emprendido purificar tan rígidamente su alma, contra aquellos fantasmas que á un tiempo amaba y temía como perturbadores de su reposo. No sólo *I Promessi Sposi* sino las poesías líricas y las tragedias, y la *Moral Católica* y todas las prosas históricas, literarias y doctrinales del gran milanés, que es no sólo el más excelso artista íntegramente cristiano de la última centuria, sino un pensador de los más ingeniosos y sutiles, fueron asiduamente frecuentados por Milá que basó en la célebre *Carta sobre las unidades dramáticas* una parte de su propia poética.

El culto por Manzoni era antiguo en Cataluña, y quien recuerde que ya se encuentran indicios de él en *El Europeo* de 1823; que Cabanyes en *La Misa Nueva* recuerda los pensamientos y hasta el ritmo de los *Himnos Sacros*; que por iniciativa de Aribau emprendió D. Juan Nicasio Gallego su clásica traducción castellana de *Los Novios*, de cuyo texto hay evidente reminiscencia en una de las mejores estancias del *Adeu siau turons*; finalmente, que las páginas más felices de crítica sobre Manzoni publicadas en España llevan las firmas de Milá, de Quadrado, de Llausás, no podrá menos de estimar que la escuela catalana, aun siendo predominantemente escocesa, recibió muy temprano y en bastante medida el impulso de la Alta Italia; y no sólo por las obras de Manzoni, sino por la de Tomás Grossi cuya *Ildegonda* traducía Aribau en 1824, y por las de Silvio Pellico, tan amado de Milá aunque le considerase más bien como un alma poética que como un poeta. Algo de misterioso atavismo pudo haber en estas relaciones literarias, á primera vista fortuitas. El estudio de la poesía popular comprueba que las canciones lombardas y piamontesas tienen notable analogía con las de Provenza y Cataluña, precisamente en lo que éstas difieren de los romances castellanos y portugueses. El propio Milá hizo esta observación cuando llegó á sus manos la primera colección de Nigra.



Pero tratándose de influencias venidas de Italia, es imposible olvidar la que no sólo en el ánimo juvenil de nuestro autor, sino en la cultura general de Barcelona, ejercieron por los años de 1840 tres artistas pensionados en Roma, uno de ellos hermano de Milá, discípulos é imitadores más ó menos hábiles de la pintura espiritualista de Overbek, pero sobre todo heraldos del credo estético nuevo, prerrafaelista y ultrarromántico, que tenía en Múnich y en Dusseldorf sus templos y sacerdotes, doblemente consagrados por el arte y por cierta elevación mística. De estos cenáculos había salido no sólo una reforma técnica sino una rehabilitación histórica de los « primitivos » italianos comenzando por Giotto; y al volver á levantarse sus aras se había levantado, dominándolas á todas, la del sublime poeta en cuya obra pusieron mano cielo y tierra, y que era á los ojos de la nueva generación artística el águila que sobre todas vuela, el vidente, el faro de inextinguible luz proyectado sobre la Edad Media. Por este raro é indirecto camino, mucho más que por la vaga admiración de los poetas románticos que solían hablar de la *Divina Comedia* sin haberla leído, volvió á España Dante, casi olvidado después del siglo xv, en que nuestros ingenios catalanes y castellanos le tenían en tanto predicamento, aunque más bien tomasen de él el aparato científico y alegórico que la poesía. Milá fué de los primeros que con estudio personal y directo volvieron á internarse en la misteriosa selva; y con aquellos toques sobrios y vigorosos en que nadie le aventaja, expuso y comentó de tal suerte el sagrado poema, que bien pudo llamarse en España el « dantista » por excelencia. De este modo su ideal artístico iba depurándose cada vez más y sobrepujando más altas cimas, donde á tantos críticos vulgares falta el pie ó la respiración.

Durante sus años de aprendizaje tuvo la cordura de leer y meditar mucho y escribir relativamente muy poco. Esto le libró casi por completo de arrepentimientos literarios (pues de otro género apenas pueden presumirse en una naturaleza



como la suya), y dió á su pensamiento el temple y solidez que siempre tuvo; pero acaso esta falta de expansión prime-riza robó algo de espontaneidad á su estilo, le hizo difícil y premioso, habituándole á una condensación excesiva. No porque Milá escribiera mal, como sin razón suponen los ami-gos de la estéril locuacidad que entre nosotros predomina. Milá, como otros insignes catalanes, Capmany, Puigblanch, Aribau, Coll y Vehí, había hecho estudio profundo de la len-gua castellana, y son raras en él las incorrecciones. Su pro-sa, en muchos artículos críticos, en las dos bellísimas ora-ciones inaugurales de la Universidad, en las preliminares del primitivo *Romancerillo*, en el discurso de la Academia de Bellas Artes, y en toda la parte que podemos llamar sintética y popular de sus obras, es un tejido de altos pensamientos expresados con novedad y energía, en una forma tan con-creta y lapidaria que los graba indeleblemente en la memoria. Milá contaba y pesaba las palabras, porque tenía horror á la amplificación inútil, pero cada una de esas palabras contiene gérmenes de vida que no pueden menos de fructificar en los entendimientos capaces de recibirlos. Es cierto que en sus obras puramente científicas, como el tratado de la *Poesía Heroica Popular* ó los artículos que enviaba á las Revistas filológicas, abusa de las notas, de los paréntesis y de las abreviaturas, presenta los materiales en forma algo ruda y parece desdeñar el arte de composición. De estos trabajos no puede decirse que estén bien ni mal escritos, por la misma razón que no puede llamarse bien escrito un libro de Álgebra ó de Química. Ya sé que la historia literaria no tiene exi-gencias tan severas, y que grandes historiadores lo han con-ciliado todo. Pero Milá, que tenía que desbrozar una materia nueva y descender á mil menudas investigaciones de detalle, entendió, no sé si con acierto cabal, que todo debía sacrifi-carlo á la recia disciplina que se había impuesto, y adoptó una manera de escribir impersonal, desnuda, casi geométrica. No era sólo escrúpulo de precisión lo que sentía: era un es-



crúpulo de probidad moral, como si viese en los artificios y galas del estilo un lazo tendido á la integridad y parsimonia de la verdad científicamente demostrada. Tan violenta, aunque en cierto modo necesaria, reacción contra los hábitos de nuestro vulgo literario y aun de muchos que no son vulgo, le quitó por de pronto lectores, fuera del círculo de los especialistas literarios. Pero á la larga no perjudicó á la difusión de su doctrina, cuando fué expuesta, y, digámoslo así, «humanizada» por algunos discípulos suyos, entre los cuales es el mínimo quien ahora os habla.

Autoridad de maestro tuvo Milá mucho antes de serlo oficialmente y cuando apenas había publicado ningún libro. El ascendiente que ejercía sobre la juventud literaria de su tiempo, aun sobre los que en edad le superaban, se explica, no sólo por su vasta cultura y por la manera elevada y general con que trataba las cuestiones de arte, sino por la prudencia de sus dictámenes y la insinuante moderación de sus palabras, que, sin conceder nunca lo que no debían, esquivaban siempre la áspera contradicción, que acalora y desasosiega los ánimos. Milá, que tanto sabía, se allanaba fácilmente al estado mental de su interlocutor, y enseñaba siempre pareciendo inquirir, preguntar, dudar, sin que su inagotable bondad y omnímoda tolerancia perjudicasen á su firme convicción en las pocas cosas que afirmaba. Esta naturaleza crítica, en pleno desbordamiento romántico, era por sí sólo una fuerza, y de tal modo se había hecho respetar, no solo en el campo de la literatura, sino en el de las artes todas, que cuando el célebre dibujante Parcerisa concibió, en 1839, el proyecto de los *Recuerdos y bellezas de España*, á Milá acudió antes que á nadie para que escribiese las descripciones artísticas y los cuadros históricos de aquella publicación memorable. Pero Milá, que conocía á los demás y se conocía á sí propio, rehusó modestamente el encargo, indicando el nombre de su íntimo amigo y camarada D. Pablo Piferrer. Y ciertamente que la elección no pudo ser más



acertada, porque Piferrer, que suplía con su genial intuición estética lo que entonces le faltaba de conocimientos técnicos, tenía para llegar al alma del público aquellas condiciones de elocuente propagandista y de poeta de la arqueología que el gusto del tiempo hacía necesarias: la fantasía pintoresca, la divagación lírica, el raudal opulento de la frase, no siempre limada, pero llena de ímpetu y brío en su cándida efusión. No sabemos lo que la obra hubiera sido en manos de Milá, que no tenía formado aún su estilo y que en todo tiempo propendió con exceso á la concisión. Probablemente hubiera ganado en doctrina estética, pero dudamos que hubiese alcanzado el éxito popular que lograron las ardientes páginas de Piferrer y las más severas de Quadrado, contribuyendo de un modo tan eficaz al triunfo de la escuela histórica y arqueológica en que nuestro autor militaba. Por otra parte, estos estudios le hubieran distraído de la literatura propiamente dicha, en la cual concentró al cabo sus esfuerzos, y á la cual debe toda su gloria.

Con la petulante ligereza que hoy suele aplicarse al juicio de cosas y personas, no ha faltado recientemente quien aplicase á D. Manuel la extraña calificación de «archivero sentimental». Del sentimentalismo ya sabemos cuánto desconfiaba Milá y con qué energía luchó para desarraigarle de su ánimo, implantando en él los más severos hábitos de parsimonia científica. Archivero no lo fué nunca, aunque respetase mucho á los que lo son de verdad, como lo mostró en su preciosa necrología de D. Próspero Bofarull, y acudiese á los archivos siempre que sus trabajos lo exigían, persuadido, como toda persona sensata, de que la historia no se adivina ni se construye *a priori*, sino que tiene que salir de los documentos. Ni siquiera puede decirse que fuera un erudito de profesión. Los que conocen á fondo sus obras saben que si por algo pecan es por falta, no por exceso, de documentación. No era bibliófilo, tenía en su casa pocos libros, y no siempre podía consultar holgadamente los de las bibliotecas



públicas. Nadie creería, si él no lo dijese, que de las *Antigüedades de Castilla*, del P. Berganza, que tanto estimaba, que le fueron tan útiles en sus estudios sobre la poesía heroica, y que nadie calificará de libro raro, no llegó á manejar nunca el tomo segundo, porque en la Biblioteca provincial de Barcelona faltaba. Este ejemplo es característico y como él podrían citarse otros. Aun siendo cosa tan humilde la bibliografía, es á veces de todo punto necesaria. Por no haber manejado Milá más *Crónica general* que la impresa por Ocampo, admitió sin reparo que las mocedades del Cid estaban ya en el primitivo texto de Alfonso el Sabio, cuando sólo aparecieron en la refundición de 1344: punto de gran consideración en el desarrollo de la leyenda, y que hubiera robustecido las sospechas de Milá acerca del muy secundario valor de las tradiciones consignadas en el *Rodrigo*. Quien tanto acertó con tan escasos medios, ¿adónde no hubiera podido llegar con la riqueza de textos que hoy disfrutamos?

Pero Milá era ante todo crítico literario, y la erudición nunca fué para él más que un auxiliar. Las cuestiones teóricas le habían interesado mucho desde su juventud y nunca las abandonó del todo. Por virtud de su pericia en ellas, triunfó en las primeras oposiciones á cátedras de literatura celebradas en Madrid en 1846, alcanzando el número primero que le daba opción á una cátedra de la Universidad Central. Pero tanto él como su digno compañero de ejercicios Fernández Espino, renunciaron á ella, prefiriendo las de Barcelona y Sevilla respectivamente, lo cual afianzó la conservación de las buenas tradiciones literarias en ambos centros, sin menoscabo de la cultura patria, cuyo ideal no puede ser nunca una estéril y yerta centralización. No fué Milá catedrático de Madrid porque no quiso serlo, pero cumplió en Barcelona una grande obra de educación y de españolismo, y por ella fué celebrado dondequiera, traducido al alemán nada menos que por Fernando Wolf desde 1855, y





conocido hasta en Rusia, donde por primera vez oyó su nombre D. Juan Valera.

No tenía Milá condiciones de orador académico ni creyó nunca que la cátedra fuese palestra de oratoria. Su dicción era pausada, lenta, premiosa, monótonos el ademán y el gesto, algo opaca la voz y como velada. Había conseguido á fuerza de estudio dominar su acento nativo y limar las asperezas del lenguaje, y hablaba con tan rara corrección, que hubiera podido estamparse todo lo que decía. Pero no se veía en él ningún conato de agradar, ni cayó nunca en artificios indignos de la severa exposición doctrinal. No hablaba al sentimiento sino á la razón, y era tan sobrio y económico de palabras hablando como escribiendo. Amplificaba lo menos posible, pero fijaba con mucha insistencia los puntos culminantes para que sirviesen como tema de meditación á sus alumnos y fuesen despertando en ellos el hábito de pensar, al cual solían ser tan ajenos por su educación primera. Usaba alguna vez el método socrático, pero menos acaso de lo que debiera, y menos que Llorens por de contado. Aclaraba la lección con oportunos ejemplos que solía llevar escritos, no fiándose ni aun en esto de su felicísima y bien ordenada memoria. Receloso contra las vaguedades de la estética pura, presentaba siempre el hecho artístico al lado de la teoría, y hacía frecuentes aplicaciones á las diversas artes, con lo cual agrandaba de un modo insensible el horizonte intelectual de sus discípulos. En la recomendación de autores y de libros era muy cauto, absteniéndose de citar algunos ni aun para refutarlos. Practicaba con el mayor rigor la máxima de Juvenal *maxima debetur puero reverentia*, y no hubiera aplicado á los hijos de su sangre, si Dios se los hubiese concedido, más vigilante y amoroso celo que á los hijos de su enseñanza, respecto de los cuales se consideraba investido de una especie de cura de almas. Pero todo esto en una esfera superior, sin hazañerías ni trampantojos, sin disciplina de colegio, sin sombra de « filiteísmo », que es el



peor lenguaje que se puede hablar á estudiantes y que en vez de prevenir fomenta todo género de anarquías y rebeliones intelectuales. En la clase de Milá no se hablaba más que de estética y de literatura, pero se respiraba una atmósfera de pureza ideal, y se sentía uno mejor después de oír aquellas pláticas tan doctas y serenas, en que se reflejaba la conciencia del varón justo cuyos labios jamás se mancharon con la hipocresía ni con la mentira.

Con haber sido muy fecunda en bienes la obra pedagógica de Milá, no fué tan extensa su acción como pudiera pensarse atendiendo sólo al número de años que ocupó la cátedra y al gran golpe de oyentes que pasó ante ella. Esta misma concurrencia, heterogénea y mal preparada, tumultuosa á veces, ó por lo menos distraída, casi infantil en su mayor parte, era el principal obstáculo para que su labor fructificase como era debido. Milá no pudo formar verdaderos discípulos más que en el corto grupo de los cursantes de Filosofía y Letras, y aun la vocación de éstos se veía contrariada por nuestro absurdo sistema de enseñanza, que englobaba sus estudios con los del llamado «año preparatorio de Derecho», como si la Literatura, la Filosofía y la Historia no tuviesen más fin que preparar la cosecha de abogados, tan prolífica en España. Algo de esto se ha remediado después, pero Milá no llegó á alcanzarlo, y tuvo que luchar toda su vida con la turbamulta de los legistas incipientes, á quienes sólo y por un leve resquicio podía hacer entrever el mundo de la poesía y del arte.

Para la cátedra que en tan raras condiciones regentaba, compuso Milá un breve doctrinal de Estética, que fué el primero de su título en España, aunque la nueva ciencia tuviese entre nosotros antiguos y calificados precedentes y contásemos desde el siglo xviii con ensayos sobre la filosofía de lo bello tan memorables como el de Arteaga. Interrumpida ú olvidada esta tradición, no habían sido los pensadores catalanes los últimos en renovarla, como lo prueban algunos ar-



títulos de *El Europeo*, de 1823, en que se expusieron las ideas de Schiller sobre la belleza y la sublimidad; y el ensayo de D. Ramón Martí (1839) sobre los sentimientos humanos, entre ellos el sentimiento estético, en que están aprovechados los análisis y observaciones de Reid, Adam Smith, Hutcheson y toda la primitiva escuela de Edimburgo.

Aparte de la aparición grande y solitaria de Balmes, á quien la lucha política apartó muy pronto del terreno de la pura especulación, y cuya influencia, dígase lo que se quiera, fué menor en Cataluña que en el resto de España, la filosofía catalana de la primera mitad del siglo XIX, por lo menos la que oficialmente se profesaba, se desarrolló en la dirección única del psicologismo escocés, muy bien comprendido y asimilado, cuyos frutos, por lo tocante á la Estética, recogió el libro de Milá, asesorado en la parte filosófica por Llorens y en la artística por D. Pablo Milá y Fontanals, persona muy versada en la técnica é historia de la pintura. Á ambos va dedicada, en prenda de gratitud, esta diminuta, pero substancial *Estética*, porque Milá, que tanto y tan bien sabía, era muy dócil al consejo de los especialistas.

De filósofo no presumió nunca, aunque hubiese leído mucho y bueno de filosofía y tuviese un entendimiento claro, penetrante y agudo, capaz de elevarse sin esfuerzo á las más altas esferas intelectuales. Pero temía el vértigo de las alturas, velaba mucho por la paz de su alma, y como no era hombre que se contentase con las respuestas fútiles y meramente verbales en que los pseudometafísicos se complacen, ahogaba muchas veces la interrogación en sus labios, aunque no pudiese arrancarla de su espíritu, y seguía resignado y sumiso la vía inflexible que se había trazado. Hay, por tanto, muy poca metafísica en su tratado de Estética, lo cual será un mérito para unos y un defecto para otros. Hay, en cambio, una positiva riqueza de observación psicológica, derivada en buena parte de propia experiencia, y un sentido personal de lo bello que en las obras de los estéticos profesionales suele



echarse muy de menos. Milá era de los que no comprenden que pueda escribirse de artes sin haber frecuentado la lectura de los poetas, sin haber visitado asiduamente los Museos, sin haber oído muy buena música, sin conocer íntegramente la evolución de las bellas formas, ni pensó nunca que tan rico proceso de la mente humana pudiera encerrarse en cuatro vaciedades teóricas.

La independencia de Milá respecto de los sistemas filosóficos le permitió incorporar en su tratado con hábil é ingenioso sincretismo los principales resultados de la tercera crítica kantiana (*Crítica de la fuerza del juicio*), tanto en lo que toca á la doctrina de lo sublime, como en el concepto del arte «finalidad sin fin», que él llamó en términos más sencillos «forma sin uso». Y le permitió también seguir á Hegel en cuanto al sistema y clasificación de las Bellas Artes, y sin contagiarse para nada de su idealismo absoluto, que es en la estética hegeliana más aparente que substancial, aprovechar el riquísimo contenido que ofrece en la teoría y exposición de los géneros literarios, principalmente de la epopeya y de la dramática. De este modo, sin afectación ni escándalo, sin dejar piedra en que tropezasen los incautos, ni alarmar á los fariseos, hizo entrar en un libro de humilde apariencia algunas de las enseñanzas más útiles de la estética alemana de los tiempos clásicos, siendo lástima que no aplicase igual trabajo de depuración á la estética posterior á Hegel, á cuyo desarrollo prestó menos atención, distraído cada vez más por las investigaciones históricas que llenaron tan gloriosamente la última parte de su vida. Pero siempre será timbre de honor para Milá, tan creyente y tan severo, el haber mantenido incólumes los derechos del arte puro y desinteresado, contra las pretensiones del utilitarismo, del intelectualismo y del sentimentalismo, que, menospreciando, cada cual á su modo, la belleza formal, quieren buscar la fuente de la emoción estética en teoremas abstractos ó en pláticas morales ó en sueños de regeneración



social. Nadie menos que Milá podía caer en el yerro de mirar el arte como un puro *dilettantismo* divorciado de los grandes intereses de la vida, pero por lo mismo que su criterio moral y religioso era tan firme y acendrado, tiene doble valor el espíritu de cristiana y racional libertad con que procedió siempre en esta materia.

Por la sobriedad jugosa y elegante del estilo la obra de Milá contrasta ventajosamente con la gárrula y enfática prosa de otros tratados de Preceptiva que fueron entre nosotros muy celebrados, y sería un modelo perfecto de manuales si su autor hubiese contado menos con la rápida percepción de los alumnos. Necesita un comentario perpetuo y vivo como el que Milá le ponía en sus explicaciones, ó el que es fácil entresacar de sus tres volúmenes de *Opúsculos Literarios* que son, si el cariño de editor no me ciega, la más instructiva lectura de su género que hoy puede encontrarse en España y una de las más amenas.

Rápidamente he bosquejado los principales rasgos de la compleja fisonomía literaria de Milá, y no toleraban otra cosa los límites de esta memoria, que no me atrevo á llamar discurso porque deliberadamente he huído del tono oratorio, pareciéndome inadecuado á la grave sencillez del personaje que celebramos. Pero hablando en Cataluña y ante catalanes, no puedo menos de añadir dos palabras sobre el catalanismo de Milá, porque sin este aspecto capital quedaría incompleta su figura. Seré breve, sin embargo, no sólo porque vuestra atención debe estar rendida, sino porque este aspecto es para vosotros el más familiar de todos, y en él han de insistir seguramente otros oradores de los que en este homenaje toman parte.

Era D. Manuel Milá catalán de mente y de corazón: poseía las más bellas condiciones de la raza, y amaba con filial y entrañable afecto la lengua nativa, las enseñanzas tradicionales, las sanas costumbres del tiempo viejo, los recuerdos y tradiciones rústicas, la poesía, la música y las danzas



populares, los trajes antiguos y pintorescos, la bulliciosa alegría de las fiestas campesinas, la esquividad y apartamiento de las ruinas románticas. Era de temperamento refractario á la unidad niveladora que ha pulverizado y deshecho los organismos históricos, y aunque no fué extremoso en nada y se abstuvo de las luchas políticas (lo cual no quiere decir que en tiempo alguno olvidase sus deberes de ciudadano), veía con buenos ojos cuanto pudiese favorecer la autonomía local y la vida propia, no de las regiones fría y abstractamente consideradas, sino de su propia y amada región, de la gloriosa patria catalana. Desde su primera mocedad fué muy versado en los anales de la Corona de Aragón y recibió, como tantos otros, la influencia de los tres libros, de muy desigual mérito, á que los catalanes debieron mayormente la revelación de su pasado: las *Memorias de Capmany sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, una de las pocas obras del siglo XVIII que no han envejecido ni llevan traza de envejecer, ensayo no suspirado todavía de un género de historia entonces nuevo, que levantaba á las artes de la paz, florecidas al benéfico influjo de las instituciones municipales y gremiales en nuestra gran metrópoli levantina, un trofeo digno de las más excelsas repúblicas italianas: el *Diccionario de los escritores catalanes*, de Torres Amat, compilación atropellada é indigesta en que intervinieron varias manos no todas hábiles, pero de todos modos copioso repertorio de extractos y noticias literarias que tenían en 1836 todo el encanto de la novedad y abrían camino á la fantasía trovadoresca de los poetas novísimos: los *Condes de Barcelona vindicados*, de D. Próspero Bofarull, obra de investigación y de crítica que á cualquier época y país honraría, cuanto más á los tiempos difíciles y procelosos en que salió á luz; piedra fundamental en la historia de la antigua Marca Hispánica, que por primera vez apareció libre de errores y confusiones cronológicas y genealógicas, pero accesible á muy pocos por la aridez inevitable de las



materias que en ella se controvierten con todo el rigor de la crítica diplomática.

Una de las manifestaciones del catalanismo de Milá fueron, sin duda, sus trabajos de filología y literatura antigua, pero no influyó por ellos principalmente, fuera de un círculo limitado de trabajadores. Y aun puede asegurarse que el movimiento de restauración catalana, que fué en sus principios mucho más sentimental ó afectivo que erudito, debió poco al libro *De los trovadores en España*, ni á las monografías posteriores, aunque alguna de ellas fuese premiada en Juegos Florales y llegase, por tanto, á la común noticia. Todos esos estudios pertenecen á la ciencia pura, y no los dictó el entusiasmo sino una crítica fría, circunspecta, desinteresada y hasta desengañada. Saben los que conocieron á Milá que nunca sintió por los trovadores aquella especie de devoción convencional que puede encontrarse en Balaguer y otros románticos de su tiempo. Y todavía admiraba menos la pedantesca secuela del Consistorio de Tolosa y sus derivaciones peninsulares. Aun en la poesía catalana del siglo xv, fuertemente modificada ya por el benéfico impulso de Italia, sólo transigía su severidad crítica con el estro satírico y la vena realista de Jaime Roig, con el artificio clásico de algunos versos de Corella, y sobre todo con la profunda, austera, y más intelectual que plástica, poesía de Ausias March, á quien nadie ha tenido que descubrir en Cataluña, ni en Valencia ni en Castilla, puesto que en el siglo xvi el texto original de sus versos se imprimía hasta en Valladolid y servía para la educación de príncipes y magnates.

De la prosa catalana, fuera de algunas crónicas, no había hecho particular estudio Milá, ni la mayor parte de los textos eran accesibles en su tiempo. Y no puede sonar á paradoja ni implica agravio alguno á su memoria, por mí tan venerada, el creer y afirmar que no abarcó íntegro el cuadro de la literatura de su país, que no le concedió toda la originalidad que realmente tiene, y que procedió con sabia pero